

Vuelta a clases ¿para qué?

Hace unos pocos días comenzó un nuevo año escolar. Niños y jóvenes pasarán durante más de 10 meses gran parte de su día en las salas de clases, por lo que vale la pena preguntarnos ¿para qué estamos educando?

Desde hace un tiempo a esta parte graves problemas aquejan en Chile al sistema escolar y a los estudiantes. Actualmente, más de 50.000 niños y adolescentes han desertado de los colegios, lo que equivale a un estadio nacional lleno de desescolarizados; de acuerdo a un informe publicado el año pasado entre 12% y 16% de los niños y niñas de menos de 6 años tiene ansiedad y depresión, cuando el promedio mundial es del 5%; la Superintendencia de Educación informó que en 2022 las denuncias por violencia escolar aumentaron 21,7%. ¿Qué nos está pasando?

Si bien los problemas sociales que nos agobian son multicausales, me parece que el enfoque que le hemos dado a la educación viene a profundizarlos en lugar de aliviarlos. El sistema educativo descansa sobre la premisa que el objetivo central de los 12 años de escolaridad consiste en que el estudiante pueda ingresar a una "buena" universidad a estudiar una "buena" carrera. El criterio de lo "bueno" está dado por aquellas carreras que, una vez concluidas, permitirán acceder a un "buen" puesto de trabajo. Aquí, la valoración de "buen puesto" está dada por una alta remuneración. En definitiva, y hay que sincerarlo, el anhelo educacional es que los noveles estudiantes en su adultez puedan acceder a un puesto de trabajo con una alta remuneración. Esto sería tener éxito.

Así, los colegios han devenido en meras instituciones capacitadoras, donde las energías están puestas en que los estudiantes consigan

puntajes nacionales. Y esto no nos hace ruido, sino que, por el contrario, lo fomentamos. Anhelamos que a fin de año nuestros hijos reciban un diploma de excelencia académica, amamos los rankings, avivamos el espíritu de competencia en los campeonatos escolares, y nos agobia que nuestros hijos no sean de los primeros del curso.

Hacemos todo lo que este a nuestro alcance para que los niños y niñas alcancen el ideal de éxito que nos han impuesto: echamos mano a cuanto ritualín se necesite, vamos de psicopedagogos a tarotistas, y los bañamos en flores de Bach. Los hacemos calzar, cómo sea, en el modelo de rendimiento que erigimos como ídolo. De forma tiránica, la productividad y éxito gobiernan nuestras vidas, y tristemente la de muchos estudiantes. Y después, hipócritamente, nos extraña el bulliyng, la depresión y la violencia.

Si bien es legítimo aspirar a la excelencia y el desarrollo profesional de todas las personas, eso no puede ser a costa de sacrificar un desarrollo profundamente humano. Es urgente formar jóvenes más solidarios y menos winners, tan buenos para resolver ecuaciones como para compartir, fomentar rankings de amabilidad por sobre los de notas. ¿De qué nos sirven expertos en cálculo pero carentes de alegría? ¿Vale la pena llenar la sociedad de personas de alto rendimiento, pero vacías y ansiosas? ¿Es conveniente insistir en el ideal de éxito basado en la riqueza, aunque eso lleve a una vida lúgubre y sin gozo? Es necesario volver a formar personas más humanas y menos máquinas.



Federico Iglesias Muñoz

Abogado de la U. Católica.
Magíster en Derecho del Trabajo por la U. de los Andes